

Colecho: padres que duermen con sus hijos. Una lectura psicoanalítica para una práctica en auge.

Emmerich, Analía.

Cita:

Emmerich, Analía (2016). *Colecho: padres que duermen con sus hijos. Una lectura psicoanalítica para una práctica en auge. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/182>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/zBF>

COLECHO: PADRES QUE DUERMEN CON SUS HIJOS. UNA LECTURA PSICOANALÍTICA PARA UNA PRÁCTICA EN AUGE

Emmerich, Analía

Universidad Nacional de La Plata. Argentina

RESUMEN

La definición usual del término “colecho” lo describe como la práctica en que los niños duermen con sus padres. Basada en la modalidad de crianza con apego, es una práctica que se multiplica. Asimismo, en los tiempos que corren asistimos a una singular metamorfosis de ideales sociales que privilegian el desarrollo personal. Pero, por sobre todo, presenciamos la caída de referentes que fueran típicos. Teniendo en cuenta esto último, es posible suponer que el colecho se acomoda funcionalmente al modelo en auge, ajustándose a la creciente indiferenciación y simetría de roles dentro del hogar. ¿Puede incluirse este hábito en el orden de las postergaciones de cortes evolutivos que los padres deben instalar en la primera infancia? ¿Estaría demostrando esta práctica la caída de la autoridad parental para la puesta de límites? ¿Qué supone para la constitución psíquica esta indiscriminación de espacios entre padres e hijos?, resultan mis principales interrogantes. Seguiré un breve recorrido por reconocidas ideas de autores clásicos del Psicoanálisis (Donald Winnicott, Margaret Mahler, entre otros) y aportaré observaciones extraídas de la propia atención de casos clínicos. Concluiré en la necesidad de invertir el postulado original: son los padres quienes resuelven dormir con sus hijos, y no viceversa.

Palabras clave

Colecho, Psicoanálisis, Subjetivación, Sociedad

ABSTRACT

CO-SLEEPING: PARENTS WHO SLEEP WITH THEIR CHILDREN. A PSYCHOANALYTIC READING TO A PRACTICE ON THE RISE

The usual definition of the term “co-sleeping” describes the practice in which children sleep with their parents. Based on the modality of attachment parenting, this practice is multiplying. Nowadays we are witnessing a unique metamorphosis of social ideals that privilege personal development. But, above all, we are witnessing the fall of references that were usual. Minding this, might we assume that co-sleeping is functionally accommodated to this model in booming, adjusting to the recent undifferentiation and symmetry of roles within home. Our main questions are: Could we include this habit in the order of postponements of evolutionary cuts that parents must install in early childhood? Would this practice be showing the fall of parental authority? What does this nondiscrimination of gaps between parents and children mean to the psychic constitution? I will take into account theories from classical authors of psychoanalysis (Donald Winnicott, Margaret Mahler, among others), which will provide us with a thoughtful reading of the subject. We will also consider observations drawn from cases in practice. I will conclude in the need to reverse the original postulate (parents are the ones sleeping with their children, and not the other way round).

Key words

Co-sleeping, Subjectivation, Psychoanalysis, Society

Introducción

La definición usual del término “colecho” lo describe como la práctica en que los niños duermen con sus padres. Basada en la modalidad de crianza con apego, es una práctica que se multiplica, no sólo promocionada por figuras referenciales de moda (actrices, modelos y conductoras de la televisión actual) sino también, especialmente, alentado por el Fondo de las Naciones Unidas para la infancia (Unicef) y contemplado por diversas organizaciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Asociación Española de Pediatría (AEP), las que recomiendan una serie de precauciones a tener en cuenta a la hora de acostar al bebé y/o colechar.

La cama matrimonial representa en nuestra cultura un símbolo de encuentro sexual, procreación, diálogos privados, mundo adulto. Ámbito físico que demarca que la asimetría con la infancia está instalada.

Asimismo, como es sabido, el proceso de subjetivación supone que los padres deben instalar al niño en un baño de cultura, definida por normativas y regularidades, acceso a la que ya Sigmund Freud (1924), padre del Psicoanálisis, subrayó con la prohibición del incesto y el sepultamiento del Complejo de Edipo. Así sería que el alejamiento del niño de sus padres posibilita no sólo la exogamia y lo social como tal, sino también la entrada a la neurosis como estructura privilegiada de salud psíquica.

Entretanto, la sociedad se reordena con particularidad celeridad en conceptos claves como ser: autoridad, límites, roles, funciones.

En lo que sigue intentaré una lectura que aprecie de qué manera se conjuga la diversidad de estas consideraciones. Analizaré a qué respondería el creciente dormir compartido de padres e hijos, y aportaré una mirada desde mi formación psicoanalítica.

Colecho y crianza con apego

Basado en observaciones del mundo animal e incluso ancestral, los partidarios del colecho proponen entender como modo “natural” el dormir conjunto de padres y niños. Argumentan no sólo que todos los mamíferos duermen con sus crías, sino que es la misma raza humana la que históricamente ha practicado el colecho desde los primerísimos primates habitantes de cuevas.

De estas ideas resultan los seguidores de la “crianza con apego” (término acuñado por el pediatra norteamericano William Sears), corriente que se erige en los principios de la “teoría del apego”, fundada por el psiquiatra y psicoanalista inglés John Bowlby para la psicología del desarrollo. Bowlby (1969) consideraba que los niños están naturalmente unidos a sus padres y esto es parte normal del desarrollo. De ahí que este tipo de crianza supone que un fuerte enlace afectivo con los padres durante la infancia resulta precursor

del desarrollo de una personalidad segura, resuelta, buena conducta y relaciones sanas que acarreen efectos positivos durante la niñez, adolescencia y adultez.

Es en esta línea que se promocionan prácticas como el “porteo” (llevar a los niños contra el cuerpo lo más posible, en brazos o bien con un pañuelo o sujetador), lactancia a demanda y prolongada, limitar los llantos del bebé a lo meramente suficiente y el colecho, al que particularmente rescatan por favorecer la lactancia materna y reducir el riesgo de muerte súbita.

Según “Attachment Parenting Internacional” (API), que se presenta como la organización internacional para la crianza con apego, estas prácticas se recomiendan para “ser padres” y pueden llevar a un vínculo firme, a una receptividad coherente y sensible y a una mayor disponibilidad física y emocional.

En España los máximos representantes y pioneros de la crianza con apego son el Doctor Carlos González con su libro “Bésame mucho, cómo criar a tus hijos con amor”, la psicóloga Rosa Jové con su libro “Dormir sin lágrimas” y varias publicaciones más sobre la importancia de la lactancia materna, tanto para el desarrollo físico como emocional del bebé. Estos autores han colaborado de manera importante en la difusión del apego en las relaciones madre/niño.

Colecho y presentaciones en la clínica

No son pocas las consultas que se me presentan como problemáticas que afectan al sueño. Encuentro padres que concurren a pedir ayuda *para sus hijos*, porque *sus hijos* no pueden dormir solos, estando en edad de hacerlo y habiendo fracasado, según dicen, en los intentos de lograrlo. Dentro del marco de la Teoría Psicoanalítica, no parto de ofertar técnicas directivas y específicas para la llana resolución de lo que se presenta, sino en determinar fundamentalmente y en principio, qué motivaciones (particularmente inconscientes) determinan el síntoma en el niño y cuál es su tejido relacional en cada oportunidad.

Curiosamente, cuando como profesional hago lugar a la consideración de los privilegios que asegura la propuesta de colechar, encuentro repetidamente que en la gran mayoría de los casos de quienes lo practican, los desconocen o bien se anotician de ellos una vez instalada la práctica. Incluso, en la mayoría de los practicantes, este hábito no siempre fue instalado en épocas tempranas (etapa en la cual más se lo considera, justifica y promueve).

Esto me sugiere entonces la posibilidad de interpretarlo como un argumento justificativo del discurso parental, incluso hasta un pretexto donde se acomodan preferentemente conveniencias personales e intereses egoístas (más que altruistas), conscientes e inconscientes.

Es cuando paulatinamente se invita a ordenar la nocturnidad, cuando comienzan a evidenciarse los profundos motivos, trasfondos donde priman mayormente situaciones en las que los padres juegan un lugar protagónico, tanto en la constitución como en el mantenimiento del síntoma.

En la búsqueda de argumentaciones encuentro justificativos parentales plausibles de ser agrupados en diferentes categorías. A saber: **la comodidad** (“Prefiero tenerlo al lado que levantarme cada vez que me llama y no dormir nada”), **la evitación de la puesta en orden** (“No tengo ganas de empezar a gritar tan tarde”), **temor al enojo de sus hijos** (“No es algo que me moleste tanto y sé que se queda contento”), **la proyección de fantasmáticas propias** (“Mi hijo dice que le aparecerán espíritus, monstruos, lo llevo a mi pieza por las dudas”), por **identificación** (“Yo sé lo que es sentirse solo de noche, a mí de chico me pasaba lo mismo”) y un grupo particular que comprende **particularidades de la pareja**, como la típica

evitación a tener relaciones sexuales (“*El nene está siempre en el medio nuestro, la intimidad es imposible*”), un modo de control al cónyuge circunscribiendo así las actividades nocturnas e individuales por fuera de la casa (“*Si no te quedas en casa acompañándolo, aquí nadie duerme*”) y aquél que apela al lugar del sustituto (“*Desde que me separé se vino a mi cama, no me molesta, es una forma de estar acompañados*”). Existe asimismo una gran parte de padres que se enorgullecen de esto, en tanto y en cuanto lo encuentran como un modo de participar conjuntamente en alguna actividad con sus hijos y **compensar el tiempo desaprovechado durante el día** (“*Al menos sé que a la noche voy a estar unas horas con él*”). Este último grupo, el más moderno, lo siente una proeza y generalmente por este motivo son quienes menos lo esconden y lo cuentan a todos sin prurito alguno. Finalmente, un grupo menor y el más antiguamente conocido, se auto-habilita en **la falta de espacio físico en la vivienda** (bien sabemos que este argumento es contrarrestado por la mismas poblaciones de ínfimos recursos, que demuestran que cuando hay voluntad de intimidad una simple una cortina improvisada separa la mitad de la cama).

Colecho y modernidad

Es la misma sociedad la que a cada época determina e instaure qué concepto de cuerpo, pareja, padres, intimidad, privacidad, circula en el imaginario colectivo que la compone y la representa. Precisamente, en los tiempos que corren asistimos a una singular metamorfosis de ideales sociales que privilegian el desarrollo personal, la evitación de renunciaciones a goces y privaciones, la flexibilidad de las normas. Pero, por sobre todo, presenciamos la caída de referentes que fueran típicos (desde el estado hasta jueces, docentes, padres y todo tipo de autoridades). Teniendo en cuenta esto último me es posible hipotetizar que el colecho se acomoda funcionalmente al modelo en auge, ajustándose a la creciente indiferenciación y simetría de roles dentro del hogar. Quién manda y quién obedece son hoy categorías precariamente diferenciadas.

Por otra parte, no son pocas las oportunidades en que como analistas somos cuestionados en nuestras intervenciones. Ante habituales señalamientos, se nos piden prórrogas, justificaciones, se instauran dudas sobre lo conveniente. En este sentido considero no escapamos a la suerte que, tal como cito, corren muchas figuras de antigua referencia. Somos sujetos portadores de un saber que ya no se toma como tal (y no sólo por las atendibles y típicas resistencias del paciente).

Asimismo las redes sociales han difuminado las fronteras entre lo público y lo privado. Lo reservado al ámbito de la intimidad se circunscribe cada vez más. Por el contrario, mostrar y contar está de moda, se disfruta, se estimula y hasta se solicita. Al punto que la discreción de un individuo crea sospecha y hasta incluso antipatía. La participación, la democracia y la consideración de todas las singularidades embanderan las ideologías actuales.

Desde mi mirada, encuentro posible incluir el hábito del colecho en el orden de las postergaciones de cortes evolutivos que los padres deben instalar en la primera infancia. Desde la teta a la mamadera, el pañal y el chupete, el niño atraviesa instancias donde son los padres los primeros agentes que deben promover una pérdida. Pérdida que genera conflictos entre la renuncia a placeres propios y comodidades en post de la adaptación cultural. Es posible pensar que la creciente incapacidad de atender a las pautas culturales en la infancia supone la caída de la autoridad parental para la puesta de límites. Un niño siempre querrá contrarrestar estas renunciaciones, impensables sin una función normativizadora externa.

En nuestra cultura los niños duermen en su pieza y en su cama. Así

como defecan y orinan en el inodoro. Así como comen con cubiertos. Así como concurren a instituciones escolares, aunque prefieran dormir hasta tarde. La socialización tiene un costo y supone la adaptación a las normas convencionales que regulan la convivencia entre otros, normas que son nada más que normas, pero tampoco nada menos.

En el marco de la consulta analítica (y en lo que creemos un intento de “autorización al colecho”), me preguntan qué consecuencias específicas y diagnósticos certeros trae aparejado al niño que duerme acompañado. Los padres infieren desde los típicos problemas de socialización hasta la cada vez más interrogada elección homosexual. Comparto que las “secuelas”, por así llamarlas, no se han comprobado científicamente, y entiendo que no basta con el colecho para desplegar lecturas patológicas lineales. Sí, en cambio, y no por eso creo menos importante, considero que “el abrir las puertas de la cama” supone al niño otros modos de participación y determinación en el mundo de sus padres, y esto no es sin consecuencias. En los tiempos que corren los niños se encuentran habilitados a participar en todo tipo de decisiones: lugar de vacaciones, cambio de colegio, trabajo de los padres, horarios de acostarse, menús que se les sirven a la mesa. Asimismo, encuentro mínimas las posibilidades de retroceder en tan valioso terreno adulto ofrecido a la infancia cuando este es perdido como tal, a partir de la lógica que se instala. Si la cama que es de los padres es entonces también de los niños, ¿por qué no habría de serlo otro tipo de pertenencias y espacios? Desde el celular hasta el escritorio de trabajo, todo es materia compartible. Los niños aplican una lógica propuesta por sus adultos de referencia, y luego se encuentran exigidos a revertirla desde enunciados que se contradicen, cuando no confunden y desorientan.

Colecho y Psicoanálisis

¿Qué supone para la constitución psíquica esta indiscriminación de espacios entre padres e hijos? Siguiendo un breve recorrido por algunos autores clásicos del Psicoanálisis, freudianos y post-freudianos encontramos como coincidencias que el sobre-atender a las demandas una vez posibilitado el individuo de adquirir autonomía, resulta en detrimento de la diferencia, la distancia, la capacidad de espera, la función representacional y la internalización de las figuras de confianza y referencia.

Por ejemplo, Margaret Mahler (1974) desde su postulado sobre la existencia de un “nacimiento psicológico del infante humano”, afirma que el original estado de fusión simbiótica con la madre debe ser superado. La ruptura del cascarón que enmarca la célula dual madre-hijo, es posibilitadora de la constitución de la imagen corporal y también primer precursor de la adquisición de la constancia objetual emocional. Esta última es condición sine qua non para que el niño pueda funcionar alejado de su madre, ya que supone haberla internalizado como imagen mental e integrada como objeto total (fusionando los sentimientos de odio y amor, primeramente escindidos).

Donald Winnicott (1971) hizo de la “madre suficientemente buena” un concepto trascendental: a medida que la madre desilusiona presentando fallas de adaptación, el bebé va percibiendo que no es uno con ella, disponiéndose a entrar en contacto gradualmente con la realidad y su propia subjetividad. Para esto ella debe dejar de estar atenta a la completa satisfacción de las necesidades del niño, una vez que está capacitado para ir confrontando el mundo y sus vicisitudes.

Desde la perspectiva de Melanie Klein (1932), el desarrollo personal se concibe como la superación de etapas tempranas de la

niñez, particularmente de los conflictos que estas etapas conllevan. El bebé es amamantado y su vida depende del pecho de la madre. El niño lo siente como “*pecho bueno*” cuando lo gratifica y “*pecho malo*” cuando lo frustra. Estas experiencias gratificantes o frustrantes durante el proceso de alimentación son los estímulos para los impulsos libidinosos de amor o los agresivos de odio, postulado que le llevará a formular su teoría sobre las relaciones objetales. Alcanzar el equilibrio entre el mundo psíquico interno y el mundo externo, y desarrollar la capacidad de disfrutar de las cosas y llevar relaciones gratificantes de amor con los otros, no es posible sin una configuración edificada desde la frustración en oposición a la gratificación, establecida por los primeros objetos concebidos como parciales.

Anna Freud (1978) acuñó el concepto de “líneas del desarrollo” para describir las interacciones básicas entre el ello y el yo. El gradual desenvolvimiento a la normalidad, supone incorporar actitudes de la madre y del ambiente en lo que hace al cuidado corporal, alimentación, el control de esfínteres. Desde la completa dependencia emocional hasta la autosuficiencia y madurez adulta, el niño debe superar las actitudes dependientes, irracionales, determinadas por el ello, hacia un mayor control del mundo interno y del externo por el yo. Finalmente, del súper yo y de sus reacciones frente a las influencias del medio resultarán los procesos de maduración, adaptación y estructuración, los que determinarán los logros o fracaso en el desarrollo de la personalidad del niño.

Considero indispensable que estas fuentes primordiales, sean reconsideradas en el tema que nos ocupa. La crianza con apego propone el colecho en términos de amor, respeto, intuición, naturaleza, respuesta sensible, contacto prolongado, seguridad física y emocional, cuidado constante y sin demora. Proclama con entusiasmo que una madre sincronice sus horas de sueño con su hijo, pudiendo dar de noche la teta sin darse cuenta (ya que durmiendo con el niño ni llega a despertarse) y consiguiendo así que sean menores los episodios de llanto.

En una clara diferencia, encontramos la teoría psicoanalítica en sus concepciones sobre la constitución del aparato psíquico. Postula que el niño se constituye como individuo en cuanto se recorta de un entorno indiferenciado. Para esto se le debe promover esperas y distancias que lo distingan (lo que entendemos por primeras frustraciones). En fin, buscando el equilibrio o la distensión por caminos distintos a la satisfacción inmediata.

Esto nos remite a S. Freud (1911), quien situó que el principio de realidad rige el funcionamiento mental. Forma un par con el principio del placer, al cual modifica y contrapesa: en la medida en que logra imponerse como principio regulador, la búsqueda de la satisfacción ya no se efectúa por los caminos más cortos, sino mediante rodeos, y aplaza su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

A modo de conclusión

De la conjunción entre el modelo social actual, las presentaciones de la práctica cotidiana en el campo de la psicología clínica con niños, y en consideración con la teoría que suscribo, encuentro no sólo la necesidad de invertir el postulado original (son los padres quienes resuelven dormir con sus hijos) sino también de subrayarlo en términos de imposibilidad de dejar de hacerlo, arraigado esto último en una gama de resistencias fundamentadas entre historias tempranas y enunciados sociales de moda.

Entiendo este trabajo como una primera aproximación al tema, una reflexión que de ninguna manera pretende ser concluyente, sino más bien continuar con un debate ya instalado.

BIBLIOGRAFÍA

- Attachment Parenting International. (1994-2015). API Attachment Parenting International. E.E.U.U. Recuperado de <http://www.attachmentparenting.org/espanol>
- Bowlby, J (1989): Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego". Barcelona. Ed. Paidós.
- Freud, A. (1978): "Líneas del desarrollo" en "Normalidad y patología en la niñez" Bs. As. Ed. Paidós.
- Freud, S. (1911): "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" En Obras Completas, Bs.As. Amorrortu Editores, 1980. Tomo XII.
- Freud, S. (1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo" en Obras Completas, Bs.As. Amorrortu Editores, 1979. Tomo XIX.
- Lesser, M. (10 de noviembre de 2014). Las famosas que siguen el colecho, una práctica que trae polémica. La Nación. Recuperado el 11 de julio de 2015 de <http://personajes.lanacion.com.ar/1740257-las-famosas-que-siguen-el-colecho-una-practica-que-trae-polemica>
- Mahler, M. (1974): "El nacimiento psicológico del infante humano". Bs. As. Ed. Marymar.
- Segal, H (1985): Introducción a la obra de M. Klein. Bs As. Ed. Alianza.
- UNICEF (s.f.). Compartiendo la cama con tu bebé. Guía para las madres que amamantan. Recuperado el 11 de julio de 2015 de <http://www.grupnodrissa.org/Documents/Colecho.pdf>
- Winnicott, D. (1972): Realidad y Juego. Bs As. Ed. Gedisa.
- Winnicott, D. (1974): Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona. Ed. Paidós.
- Winnicott, D. (1975). "De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo". En El proceso de maduración en el niño (pp.99-110). Barcelona: Ed. Laia.